

GANADEROS, DOMADORES, COPLEROS Y CONQUEROS: LA FRONTERA LLANERA EN *LA VORÁGINE* DE JOSÉ EUSTASIO RIVERA*

María de las Mercedes Ortiz Rodríguez
Universidad del Valle

Recibido: 11/10/2011 Aceptado: 18/03/2012

Resumen: en la primera parte de *La vorágine*, el protagonista, Arturo Cova, introduce al lector al paisaje y la cultura de los llanos de Casanare, una región considerada como bárbara y al margen de la nación. El poeta valora positivamente elementos de la cultura llanera de origen hispánico, tales como el español regional, la música, las labores de ganadería y la doma, e incorpora así los Llanos a la nación como comunidad imaginada. Por el contrario, subestima importantes legados indígenas como la agricultura de conuco y el chamanismo. Los grupos amerindios vivientes, presentados como salvajes en la obra, permanecen excluidos de la nación.

Palabras clave: *La vorágine*, la frontera llanera, llaneros e indígenas, nación, comunidad imaginada.

* Este artículo se deriva de la tesis doctoral: "Mundos en pugna: narrativas de frontera en la literatura latinoamericana y brasileña", The University of Iowa, 2007.

**RANCHERS, HORSE BREAKERS, BALLADEERS
AND CONQUEROS: THE LLANERO FRONTIER
IN *LA VORÁGINE* BY JOSÉ EUSTASIO RIVERA**

Abstract: in the first part of the novel *La vorágine*, the protagonist, Arturo Cova, introduces the reader to the landscape and culture of the Llanos of Casanare, a region perceived as wild and marginalized. The poet positively values some Spanish legacies of the llanero culture like regional Spanish language, the music, some cattle ranching activities and horse breaking, thus he incorporates the Llanos to the nation as an imagined community. On the contrary, indigenous legacies like *conuco* farming and shamanism are underestimated while the living indigenous people are presented as savages who remain excluded from the rest of the nation.

Key words: *La vorágine*, the *llanero* frontier, *llaneros* and indigenous people, nation, imagined communities.

1. Introducción

En un libro que lleva el sugestivo título de *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, Margarita Serje analiza en los discursos dominantes la configuración de diversas regiones de Colombia como territorios al margen del llamado desarrollo y progreso. Estas regiones, entre las cuales figuran los Llanos orientales, han sido consideradas “zonas rojas” y fronteras interiores y estructuradas como la periferia “bárbara” de la nación, en oposición a un núcleo andino “civilizado”, configurado históricamente como el centro de la misma (2005: 3). Arturo Cova, el poeta protagonista de *La vorágine*, después de haber deshonrado a Alicia, huye con ella para escapar de la justicia, precisamente a uno de estos confines bárbaros, a Casanare, una región de los Llanos y, actual departamento de Colombia.¹ En *La vorágine* se replican en parte los discursos dominantes sobre las

1. En su obra *Una frontera de la sabana tropical* (1994), Jane Rausch, quien ha estudiado ampliamente la historia de los Llanos colombianos, explica que los Llanos, que constituyen la más grande extensión de sabana tropical de América del Sur y que se extienden tanto por Colombia como por Venezuela, tienen un área aproximada de 253.000 kilómetros cuadrados, ocupan una quinta parte del territorio total de Colombia y comprenden los actuales departamentos de Arauca, Casanare, Meta y Vichada (1994: 6) Es una región conformada por inmensas planicies o llanuras cubiertas de pastos naturales y surcadas por grandes ríos, a lo largo de cuyas riveras se extienden bosques de galería llamados por los llaneros matas de monte (1994: 7). Estas llanuras han estado dedicadas a la ganadería extensiva por lo menos desde el siglo XVIII y en las últimas décadas también a la explotación de petróleo y a la agroindustria. La explotación petrolera en el sitio de Caño Limón en el departamento de Arauca empezó en 1986 y ha traído consigo problemas ambientales, ataques de las guerrillas a los oleoductos y una gran afluencia de población proveniente de distintos lugares de Colombia a los Llanos.

llamadas periferias como los Llanos, a la vez que se establece un diálogo con la cultura llanera, con sus costumbres, sus creencias, su música y su guerra secular contra los cuiba y sikunai, dos de los grupos indígenas de los Llanos. Se sobrepasa así en la novela la barrera de los Andes y se expanden los límites de la nación como comunidad imaginada, al incorporar al canon literario colombiano estos llanos y sus gentes, tan desconocidos en el interior del país. Los indígenas, por el contrario, vistos como salvajes tanto por la oralidad llanera como por el discurso de Arturo Cova, permanecen al otro lado de la frontera, excluidos de la nación.

Serje traza la genealogía de estas periferias desde los tiempos coloniales, cuando fueron dejadas al margen del proyecto urbanizador, productivo y comercial de la metrópoli española en el virreinato de la Nueva Granada, el cual se impulsó en el eje norte-sur de las tres cordilleras y en la costa Caribe entre los ríos Sinú y Magdalena. La resistencia de poblaciones indígenas (indios bravos) y de esclavos cimarrones, el difícil acceso y la carencia de recursos naturales explotables de importancia para los españoles contribuyeron a esta marginación. Con el tiempo se convirtieron en zonas de refugio para las poblaciones marginadas de la sociedad colonial que incluían, además de indios bravos y esclavos fugitivos, toda la gama de mestizos, zambos y mulatos, así como colonos pobres españoles venidos ilegalmente, hechiceros y hierbateras, desertores y vagabundos, en donde prosperaron actividades ilegales relacionadas con el contrabando de esclavos, armas, ron, harinas y tabaco (Serje, 2005: 3-4).

Ya en el siglo XIX, con la naciente república de Colombia, estas periferias pasaron a ser territorios nacionales que, de acuerdo a la constitución de 1861, debían ser regulados directamente por el gobierno central, ya que se les consideraba incapaces de regirse por sí mismos al estar habitados por tribus salvajes. A finales del siglo XIX, la República decidió entregar el control de estos mismos territorios a la iglesia católica y mediante un convenio con el Vaticano, pasaron a ser entonces Territorios de Misiones, cuyos “salvajes” habitantes debían ser reducidos por religiosos a la vida civilizada (Serje, 2005: 4).

En 1907, el afamado político liberal Rafael Uribe Uribe escribió una memoria, titulada precisamente *Reducción de salvajes*, que ofreció respetuosamente al presidente de la república, a los obispos y arzobispos de Colombia, a los gobernadores de los departamentos y a la Academia de Historia. En esa memoria, Uribe Uribe hacía un llamado a conquistar estos territorios que abarcaban en aquel entonces más de la mitad del país y a “domesticar” a sus gentes, consideradas prácticamente como animales agrestes.

Hacia mediados del siglo XX, las fronteras interiores como los Llanos y la Amazonía empezaron a ser colonizadas por sucesivas oleadas de gentes despla-

zadas, provenientes del interior andino, siendo asumidas entonces como fronteras agrícolas y frentes de colonización (Serje, 2005: 4). Hoy en día son conocidas como zonas de orden público y focos del conflicto armado que azota al país, en palabras de Serje “se han convertido en los bajos fondos del espacio nacional, en su revés, en su negativo” (2005: 5).

Estas periferias han sido vistas en los discursos dominantes de manera ambivalente como una especie de paraíso terrenal o tierra prometida, a la vez como lugares dominados por la anomia social y una violencia constitutiva. En cuanto a tierra prometida se consideran un repositorio de riquezas “ilimitadas” que redimirían utópicamente a la nación de su pobreza.² En términos de la anomia, según Willems, se estima que en estas fronteras interiores reina la ausencia de la ley y del estado y que se presenta una confrontación entre diferentes sistemas de valores y formas de conductas (Willems, 1994: 213). Esas fronteras se consideran signadas por una violencia constitutiva y, en el caso específico de Colombia, nunca han dejado de ser “tierras de nadie,” “zonas rojas,” en donde impera la “ley del monte”, mediante la cual el más fuerte impone su voluntad sin límites al amparo de la impunidad. Suscitan invariablemente el impulso de domarlas y controlarlas a la fuerza, única táctica posible para poseer y dominar lo salvaje (Serje, 2005: 5).

2. Entre bajos fondos y paraísos

En *La vorágine*, los Llanos adquieren ese doble carácter de tierra prometida y territorio salvaje y peligroso; al igual que muchos otros colonos que visualizan inicialmente las tierras a las que han migrado como un paraíso, Arturo y Alicia sienten una explosión de alegría, energía y vitalidad cuando llegan al llano. Se extasían ante la belleza del paisaje que se exalta en la novela con un lenguaje culto y modernista al que se le incorpora el vocabulario local. A la manera de nuevos cronistas, el poeta y la muchacha, preguntan ávidamente a don Rafo, su guía, por las palabras para nombrar las maravillas desconocidas de la fauna y la flora que sus ojos descubren con asombro. El español hablado en los Llanos irrumpe así con toda su riqueza léxica en la ciudad letrada colombiana y latinoamericana: “Ya sabíamos lo que era una mata, un caño, un zural, y por fin Alicia conoció los venados. Pastaban en un estero hasta media docena, y al ventearnos enderezaron hacia nosotros las orejas esquivas” (Rivera, 2002: 92).

2. Para el caso de los Llanos, Jane Rausch puntualiza que el mito de El Dorado está en la génesis de la historia de la región (1994: 61)

Cova sueña asimismo con obtener en la región una riqueza fácil y rápida que le permitirá además llegar al pináculo de la fama como escritor. Cuando estos sueños se desvanecen, visualiza todavía la posibilidad de llevar en Casanare una vida modesta pero apacible, a la manera de un patriarca primitivo, encontrando la poesía en la maravilla del paisaje llanero.

La exaltación cede, sin embargo, paso rápidamente a sentimientos muchos más negativos hacia las nuevas tierras, estas son descritas entonces como hostiles y fúnebres, irrumpen los animales peligrosos—caimanes y guíos o anacondas—y los indios sikuaní (guahibos), presentados como seres feroces. La región se empieza a delinear así en la novela como el dominio de la barbarie y a través de distintos personajes y episodios se muestra el entramado de ilegalidad, corrupción y violencia que funciona en los Llanos. Sin embargo, Cova, el letrado culto, no es ajeno a esta violencia ya que golpea mujeres, amenaza a los indios con armas y fuerza a dos de ellos a una muerte segura en un raudal. Por su parte, el cauchero Barrera, representante del desarrollo, el progreso y la modernidad en la novela, no vacila en cometer los crímenes más atroces; este tipo de conductas pone así en cuestión el carácter civilizado del centro y desestabiliza en la novela los discursos dominantes sobre las periferias.

Finalmente los Llanos quedan convertidos en un territorio de pesadilla y barbarie con episodios como la muerte macabra del vaquero Miyán, corneado por un toro que le arranca la cabeza a pisotones, y la matanza de un grupo de indios a mano de los llaneros. Cova, con sus sueños totalmente destruidos, ya solo quiere huir de Casanare para regresar a las tierras civilizadas del interior andino:

En tanto, el recuerdo del mutilado me acompañaba; y con angustia jamás padecida quise huir del llano bravío, donde se respira un calor guerrero y la muerte cabalga a la grupa de los cuartagos. Aquel ambiente de pesadilla me enflaquecía el corazón, y era preciso volver a las tierras civilizadas, al remanso de la molición, al ensueño y a la quietud (Rivera, 2002: 180).

En los relatos de *El Llano llano* (1995), Alfredo Molano, por el contrario, muestra las vidas destruidas de los propios llaneros o los sueños trancos de los colonizadores recientes del llano por efecto de una violencia ajena a la región, que ha sido implantada allí por el centro de la nación, el cual es presentado entonces como la barbarie que ha destruido la cultura y modos de vida llaneros.

3. Ganaderos, domadores y copleros

En *La vorágine* se abren espacios para la representación de la cultura llanera, cuya historia y elementos constitutivos son todavía bastante ignorados en el interior del

país. Estas representaciones se ocupan de los llaneros como ganaderos y domadores de caballos, actividades de clara raigambre hispánica, a la vez que muestra otras creencias y prácticas que son de origen indígena aunque la novela no las reconozca como tales. La ganadería y la doma se exaltan por el coraje, fuerza física y destreza que requieren y por el fuerte valor simbólico que poseen, en tanto que constituyen el compendio de la masculinidad llanera. Esta masculinidad resulta ser además un notable desafío para Cova, cuya propia masculinidad, producto de un entorno ciudadano y letrado, no es reconocida como tal por los llaneros, quienes lo marginan de estas actividades.

Las mujeres, por su parte, quedan totalmente excluidas de estas representaciones hegemónicas regionales y nacionales de los Llanos, debido a que ellas no participan en este tipo de actividades y en general su papel económico, social y cultural, ha sido ignorado y poco estudiado. Como explica Cachi Ortigón en el prólogo al libro de Francisca Reyes *Silencio. Un llano de mujeres* (2011), en el llano toda voz es masculina.³ El personaje de Doña Bárbara, en la famosa novela del mismo nombre del escritor venezolano Rómulo Gallegos, constituye una excepción a este silenciamiento de la mujer llanera porque ella sí sabe desempeñar con gran habilidad todas las faenas masculinas y posee un fuerte poder económico, político y social. Sin embargo, por contravenir justamente los ideales de la feminidad establecida y hegemónica, es configurada como la villana de la novela, la terrateniente despiadada y corrupta y “la devoradora de hombres”.

Los conquistadores españoles fueron los que trajeron a los Llanos el ganado y los caballos que tanto la población mestiza como los indios cristianizados y reducidos a la vida en las misiones aprendieron a manejar. Recordemos el terror y el asombro que los caballos inspiraron en un primer momento en las poblaciones nativas de las Américas que no sabían si hombre y caballo eran un solo ser o dos distintos y las connotaciones de poder y violencia que han rodeado a estos animales desde la conquista.⁴ De esas poblaciones mestizas y cristianizadas descenden los llaneros actuales que para finales del siglo XVIII ya se habían definido como una subcultura regional con una fuerte identidad, la cual posee una destacada impronta indígena que se tiende a ignorar o subestimar en los imaginarios dominantes tanto locales como nacionales (Rausch, 1994: 247).

-
3. Precisamente, el libro busca romper este silencio que es la mitad de la memoria del llano para dejar oír la voz de las llaneras.
 4. Todavía, en muchas regiones de Colombia, son los terratenientes los que andan a caballo, mientras que los campesinos pobres y jornaleros agrícolas van a pie. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió entre grupos

La sociedad llanera se conformó económicamente con base en una ganadería extensiva y trashumante, complementada con una agricultura de subsistencia de origen indígena que se practica en los llamados conucos. En esta sociedad, el ganado, no la tierra, constituía la base de la riqueza y era la fuente del poder social y cultural.⁵ No existía la propiedad privada sobre la tierra y por lo tanto no había cercas; los ganados de distintos dueños pastaban revueltos en sabanas comunales sobre las que se tenía un derecho de posesión, los llamados “derechos de sabana.” Había “derechos” y “derechitos” de sabana, según el ocupante fuera un rico dueño de un hato de dos mil reses o más, o fuera un modesto dueño de no más de cien animales. Este sistema de ocupación de las sabanas resultaba perfectamente adecuado a las características climáticas del llano que obligan a una ganadería trashumante de acuerdo con los periodos de lluvias y de sequía que están sumamente marcados.

Esta sociedad poseía un derecho consuetudinario propio que se transmitía por tradición oral, mediante el cual se reglamentaba la propiedad del ganado y el acceso a las sabanas. Este derecho fue compendiado por primera vez de manera escrita por El Libertador Simón Bolívar y se denomina la Ley del Llano.

3.1 La doma

La doma es descrita en *La vorágine* como “la mejor fiesta de Casanare”, constituye la prueba por excelencia de la masculinidad y del ser llanero a cabalidad de los hombres, y la lleva a cabo el mulato Correa, un peón joven que trabaja en La Maporita, la fundación de Franco, un colono antioqueño, quien le dedica la faena a Alicia. Constituye un enfrentamiento frontal entre naturaleza y cultura, en donde el hombre priva de su libertad al caballo, que hasta el momento ha corrido libre por las sabanas, para someterlo a su servicio. El animal lucha hasta lo increíble para acabar finalmente derrotado, aunque a veces puede suceder lo contrario, que el jinete ruede derribado, a veces gravemente lesionado o muerto. La escena de la doma adquiere un marcado valor estético en la novela:

Ni la mula cimarrona que manotea espantada si el tigre se le monta en la nuca, ni el toro salvaje que brama recorriendo el circo apenas le clavan las banderillas, ni el manatí que siente el arpón, gastan violencia igual a la de aquel potro cuando recibió el primer

indígenas norteamericanos o entre los araucanos de Chile y Argentina, el uso del caballo no se generalizó entre los sikuani, el grupo indígena más importante de los Llanos.

5. En lo concerniente a las principales características de la sociedad llanera, véase Ortiz y Zambrano, capítulo III y Barbosa capítulo II.

latigazo. Sacudiose con berrido iracundo, coceando la tierra y el aire en desaforada carrera, en tanto que los amadrinadores lo perseguían, sacudiendo las ruanas. Describió grandes pistas a brincos tremendos y tal como pudiera corcovear un centauro, subía en el viento, pegada a la silla, la figura del hombre, como torbellino del pajonal, hasta que sólo se miró a lo lejos la nota blanca de la camisa (Rivera, 2002: 121).

Hasta hace unas pocas décadas, el caballo constituía el único medio de transporte de los llaneros, los indígenas siempre van a pie o en bicicleta, y un elemento fundamental de trabajo para la realización de las labores ganaderas que, por lo tanto, era indispensable para la sobrevivencia en los Llanos. Entre hombre y caballo se desarrollaba una relación tan estrecha que constituían casi que una misma sustancia. Esta relación ha sido objeto de infinidad de composiciones en el riquísimo folclor llanero, inclusive como metáfora de las relaciones amorosas entre hombres y mujeres como en la canción *Caballo viejo* del famoso compositor venezolano Simón Díaz.

3.2. Las labores ganaderas

En el trabajo de llano que se lleva a cabo dos veces al año, a mitades y a finales, es donde los hombres llaneros ponen a prueba sus destrezas y habilidades, tanto en las faenas ganaderas como en la doma. En estos trabajos se pueden reunir en un hato importante hasta cien hombres, contratados para la ocasión que capturan, hierran con la marca del dueño y vacunan a los becerros nacidos durante el año, curan a las reses enfermas y doman los caballos necesarios para el servicio del hato.⁶ Los hombres examinan con gran atención el desempeño propio y el de sus compañeros, y alaban o critican la habilidad demostrada por cada quien al enlazar, colear, domar etc. En las noches, los peones se entretienen con juegos de mesa, hacen música, comentan los eventos del día y relatan historias y leyendas del Llano, de manera que el evento sirve para reforzar y actualizar la tradición oral que constituye el soporte de la cultura llanera. En *La vorágine* se dedica, en un sucinto pasaje, una vívida descripción a estas actividades:

Brincaba en los matorrales la fiera indómita al sentirse cogida y se aguijaba tras del jinete ladeando su media luna de puñales. Con frecuencia le empitonaba el rocín, que se enloquecía corcoveando para derribar al cabalgador sobre las astas enemigas. . . Diestramente la maneaba, le hendía la nariz con el cuchillo y por allí pasaba la soga, anudando las puntas a la crin trasera del potrajón, para que el vacuno quedara sujeto por la ternilla en el vibrante seno de la cuerda doble. Así era conducido a la madrina, y cuando en ella se incorporaba, volvíase el jinete sobre la grupa, soltaba un cabo del rejo brutal y lo hacía salir a tirones por la nariz atormentada y sangrante (Rivera, 2002: 176).

6. Se denomina hato la posesión de 2500 reses en adelante.

En esta descripción se enfatiza el enfrentamiento entre el hombre y el animal, al igual que en la doma, y el triunfo del primero sobre el segundo, y se reitera un predominio rudo y brutal de la cultura sobre la naturaleza.

3.3. *Copleros y músicos*

La copla y la música afloran creativamente en los momentos de descanso y esparcimiento durante el trabajo de llano y constituyen, por lo demás, elementos muy importantes de la cultura llanera, tanto en Colombia como en Venezuela, y una de las más maravillosas producciones de la música popular latinoamericana. En esta música se utilizan instrumentos de cuerda de origen europeo —cuatro, bandola y arpa— junto con los cachos o pequeñas maracas de origen indígena. Hasta hace unas dos o tres décadas era una producción exclusivamente masculina, pero grupos musicales ligados a entornos urbanos empezaron a introducir mujeres como cantantes y como músicas. Las letras son de una asombrosa variedad y transmiten de generación en generación la historia y la cultura llaneras, incorporando continuamente temas de actualidad que afectan a los Llanos y sus habitantes. Constituye por lo tanto un elemento fundamental en la producción y salvaguarda de la memoria colectiva, la identidad y la cultura.

La enorme versatilidad de esta producción cultural se pone de manifiesto en el contrapunteo, donde dos copleros se desafían a un duelo que puede durar toda una noche, durante el cual se contestan el uno al otro improvisando coplas. Este es otro de los terrenos donde los llaneros se miden como tales y afirman su identidad. En *La vorágine* se utiliza una de estas coplas, que es cantada todavía en la actualidad por el famoso llanero Cholo Valderrama, como crítica irónica a la dramática crisis en la que se sumerge Arturo Cova después de la pérdida de Alicia, a quien siempre había sostenido no amar. El Pipa, el cuatrero e importante mediador entre el mundo indígena y llanero, interrumpe las angustiadas y pesimistas cavilaciones de Cova con una copla que postula una visión pragmática del amor que se ve como la cura para la soledad del hombre, sin importar mucho quien la brinde y, por tanto, no le concede importancia a la compañera en cuanto individuo:

El domingo la vi en misa,
el lunes la enamoré,
el martes ya le propuse,
el miércoles me casé;
el jueves me dejó solo,
el viernes la suspiré;
el sábado el desengaño...

y el domingo a buscar otra
porque solo no me amaño (Rivera, 2002: 200)

Así, el letrado y su crisis amorosa poco convincente quedan ridiculizados por la sabiduría popular contenida en la copla, en cuya noción de amor se superan fácilmente los desengaños y se dejan o se buscan nuevas parejas sin mayores miramientos, lo cual es congruente con una cultura que ha vivido prácticamente libre de la influencia religiosa desde que los jesuitas fueron expulsados de los dominios del rey de España en 1767 y que no tiene, llano adentro, a su alcance a sacerdotes que lleven a cabo ceremonias como matrimonios, bautizos etc.⁷

4. Una cultura seccionada

La doma y las labores ganaderas son presentadas con un tono de admiración y respeto en *La vorágine*, en donde se muestran como poseedoras de un alto valor estético intrínseco, en particular la primera, lo cual permitía que estos elementos de la cultura llanera fueran admitidos en la cultura letrada hegemónica. Sin embargo, no aparece de forma significativa la representación de elementos culturales de origen indígena como las prácticas agrícolas, las artes curativas, y muchos otros, los cuales son dejados de lado o subestimados en *La vorágine*, al igual que en los imaginarios dominantes de la sociedad llanera.

Uno de estos elementos es la producción agrícola del conuco, palabra derivada del taíno, que constituye el complemento vegetal indispensable a la dieta de carne de los llaneros. Los conucos están a cargo de los llamados vegueros que siembran en ellos maíz, yuca, una variedad de plátano llamado topocho y arroz. Esta labor no es glorificada ni exaltada en el folclor llanero, los vegueros no se consideran personajes importantes y cabe resaltar que muchos de ellos son mestizos de origen indígena.

Muchos otros conocimientos de los indígenas, que tampoco han sido reconocidos debidamente, fueron esenciales para los vaqueros llaneros, quienes aprendieron de

7. Cuando realicé mi trabajo de campo en 1976 en las sabanas de Marrero, comprendidas entre los ríos Cravo y Cuiloto, en el actual departamento de Arauca, pude observar que solamente los hombres y mujeres de las familias ricas, es decir, de los dueños de hatos y fundaciones, contraían matrimonios por la iglesia, el grueso de la población llanera no lo hacía. Era común, sin embargo, entre los hombres de las clases altas el haber vivido con mujeres de otro estatus social, que dejaban atrás cuando se casaban, pero esas mujeres y sus hijos podían asistir a fiestas y reuniones donde estaba presente la esposa legítima del dueño de hato o fundación, quien trataba con tranquilidad a esa mujer o mujeres. Incluso los hijos de las mismas podían vivir por temporadas en el hato o fundación de su padre, aunque me pareció en los casos que presencié que no recibían el mismo trato que los hijos o hijas nacidos dentro del matrimonio.

ellos la construcción de casas y botes, el uso de la hamaca, el manejo del ecosistema y prácticas de medicina tradicional indígena, por mencionar algunos. Jane Rausch plantea que las mujeres de los llaneros, de las cuales se sabe muy poco, debían ser indígenas en su mayoría y fueron cruciales en la transmisión y conservación de estos conocimientos y prácticas (Rausch, 1994: 277).

Uno de estos elementos aparece en la novela bajo la figura del tuerto Mauco, un rezador, quien atiende a Cova para curarlo de una puñalada que ha recibido durante un juego de dados con el cauchero Barrera. El tuerto es descrito en la novela como un hombre repulsivo físicamente; “Admirado yo, observaba al hombruco, de color terroso, mejillas fofas y amoratados labios” y, más adelante, “Por entre los harapos se le veían las carnes hidrópicas, principalmente el abdomen, escurrido en rollo sobre el empeine” (Rivera, 2002: 144-145). Además, Cova califica al Mauco de mamarracho y manifiesta incredulidad frente a sus artes curativas:

Miré con asombro a Clarita como para indagar la certidumbre de cuánto estaba pasando. Era convencida creyente, que manifestaba respeto fanático. Para ahuyentar mis dudas expuso:

—¡Guá chico!, Mauco sabe de medicina. Es el que mata las gusaneras, rezándolas. Cura personas y animales.

—No solo eso —añadió el mamarracho—. Sé muchas oraciones pa tóo. Pa topá las reses perdías, pa sacá entierros, pa hacerme invisible a los enemigos. Cuando el reclutamiento de la guerra grande me vinieron a cogé, y me les convertí en una mata de plátano. Una vez me apañaron antes de acabá el rezo y me encerraron en una pieza, con doble yave; pero me volví hormiga y me picurié. Si no hubiera sío por yo, quién sabe que nos hubiera aconteció en la gresca de anoche. Yo tuve listo pa evaporarme, cuando entraran, y taparlos a toós con mi neblina. Apenas supe que usted taba herio, le recé la oración del “sana que sana” y la hemorragia se contuvo (Rivera, 2002: 145-146).

En este fragmento se establece una barrera entre el lenguaje del narrador letrado y el del rezador, al intentar simular la oralidad llanera en la novela, de esta manera se produce la impresión de que el rezador utiliza un lenguaje “pintoresco, folclórico e incorrecto”. Sin embargo, el Mauco se expresa con gran seguridad, desplegando el inventario de sus poderes, que son poderes que las culturas amerindias le han atribuido tradicionalmente a los chamanes; el poder de curar las enfermedades, transformarse en animales y volverse invisibles. Si el chamanismo es un fenómeno poco comprendido aún hoy, no es de extrañar que Cova lo enfrente con escepticismo, aunque hay que agradecer que se le dedique en la novela unas pocas líneas a este fenómeno tan importante, así sea para demeritarlo.

Los rezadores gozaban de prestigio y respeto entre la población llanera todavía en la década del 80 del siglo XX, la cual utilizaba sus servicios. Estos rezadores,

como su nombre lo indica, utilizaban oraciones del catolicismo para rezar el ganado y curarlo de sus gusaneras, encontrar reses pérdidas y tesoros enterrados y poseían los poderes que hemos mencionado. Es un oficio que muestra cómo los indígenas llaneros transformaron elementos del cristianismo para incorporarlos dentro de su cosmovisión y sus tradiciones chamánicas.⁸

5. El centauro llanero: los Llanos y la nación

Hombre de a caballo, el llanero ha sido identificado por la ciudad letrada por este elemento ligado al poder y violencia de los conquistadores españoles, y asociado con el centauro, un ser mitológico mitad hombre y mitad caballo, que simboliza su indomable naturaleza y de alguna manera su salvajismo, ya que esta es la manera en que la cultura llanera es percibida como la alteridad dentro del núcleo andino y hegemónico de Colombia. Este supuesto salvajismo de los llaneros, resultó útil para la elite criolla durante las luchas de independencia y, en este sentido, fueron glorificados por un breve lapso de tiempo, pero la victoria nunca revirtió en nada positivo para ellos, que continuaron siendo representados como la barbarie en el proyecto nacional colombiano.

Los Llanos pusieron a disposición de la causa patriota ingentes recursos en ganado, caballos y gente y la región y sus habitantes fueron cruciales para el proceso de Independencia, ya que durante el periodo de la reconquista española (1816-1819), los patriotas de la Nueva Granada y Venezuela se refugiaron en las vastas llanuras y lanzaron desde allí una nueva ofensiva contra los españoles que culminó en el triunfo patriota de la batalla de Boyacá (1819) y signó la libertad de la Nueva Granada (Rausch, 1994: 301). José Antonio Páez, un llanero venezolano, nacido en Barinas, fue un elemento crucial en la configuración de un ejército de llaneros que conocían el llano como la palma de su mano, poseían una resistencia física admirable y hostilizaban a los españoles con métodos de guerra poco ortodoxos (Rausch, 1994: 310, 315-319).

En 1918, Santander fue nombrado por Bolívar jefe del ejército libertador de la Nueva Granada. Dado que Casanare era la única provincia libre del dominio español, el nuevo jefe declaró que tendría la representación de todo el territorio de la federación neogranadina hasta que se declarara la independencia y autorizó a la provincia para asumir las funciones políticas y militares de la extinta república pa-

8. Por el contrario, en la segunda parte de la novela, Arturo Cova acredita las virtudes del yagé y el supuesto poder premonitorio de las visiones que esta planta provoca, al explicar que un sabio de su país la había llamado telepatina (Rivera, 2002, 2012).

triotra que se había destruido a sí misma en los avatares de la llamada “patria boba” (1810-1816) (Rausch, 1994: 327-329). Así, los Llanos abandonaron por unos pocos años su situación marginal y periférica, convirtiéndose en el centro de poder de la tan anhelada nación independiente y soberana por cuya realización lucharían los llaneros tan arduamente.

Santander configuró en Casanare un ejército bien entrenado y disciplinado, compuesto en buena parte por indígenas, y unió este ejército al de Bolívar que avanzó desde Arauca. Con este ejército los patriotas derrotaron a los españoles en las batallas del Pantano de Vargas y Boyacá. Los llaneros de Casanare disfrutaron del triunfo y ganaron por un momento un lugar destacado en la historia de la Nueva Granada y de Colombia. Su actuación no terminó allí, porque bajo el mando de Páez siguieron a Bolívar en la lucha por la liberación de Venezuela y jugaron de nuevo un papel crucial en otra importante batalla, la de Carabobo en 1821, en la cual se asestó un golpe definitivo al poderío español en Venezuela (Rausch, 1994: 343).

Las guerras de Independencia diezmaron notablemente la ganadería en el Llano, empobrecieron la economía, destruyeron las misiones y dejaron una multitud de veteranos de guerra, quienes, descontentos y sin tierras, alimentaron el caudillismo (Rausch, 1994: 355). Las valientes actuaciones de los llaneros no obtuvieron el reconocimiento ni social ni económico que se merecían. Los criollos independentistas, provenientes del interior andino, si bien admiraban su coraje, los despreciaban por sus costumbres “primitivas” y su heterogeneidad racial y temían que sus caudillos, vistos como ignorantes, no pudieran controlar su espíritu rebelde. El mismo Bolívar expresaba que no los conocía y los consideraba como un volcán a punto de erupción (Rausch, 1994: 345-346).

La situación era totalmente distinta en Venezuela, donde los Llanos gozaban de un gran aprecio por su desempeño durante la guerra. En los imaginarios dominantes de ese país, como explica Miguel Izard, el centauro llanero es por antonomasia el General José Antonio Páez, héroe de la Independencia y líder de los llaneros, quien hacia 1826 se convirtió en el máximo caudillo de Venezuela (1987: 171).

Según Rausch, en las postrimerías del siglo XIX, se presenta un cambio de actitud hacia los llaneros quienes se describen como los amantes por excelencia de la libertad y se convierten en figuras emblemáticas del nacionalismo colombiano. Vale la pena considerar aquí estudios como el de Brooke Larson, quien destaca el desarrollo de otro tipo de ideas desde mitades del siglo XIX por parte de geógrafos, etnógrafos y ensayistas, los cuales difundieron una nueva geografía de Colombia, en la que esta aparecía como una nación fragmentada, compuesta de subculturas regionales y raciales distintivas. En esta visión se polarizó al país en las regiones montañosas pobladas por “tipos blancos y mestizos” y su salvaje *hinterland* —las

selvas tropicales interiores de los grupos tribales nómadas, el litoral del Pacífico en el sur y las regiones costeras del Caribe, donde vivía una numerosa población negra” (1999: 576).⁹ Habría que agregar como parte de ese *hinterland* a los Llanos orientales aunque Larson no los mencione. El historiador colombiano Jaime Jaramillo Uribe se hacía eco de estas ideas en 1977 cuando argumentaba que dado que la región andina había moldeado la “personalidad” de Colombia, los Llanos y su sociedad ganadera habían tenido muy poco impacto en la historia del país (1977: 152-153).

Los llaneros, por su parte, con unas relaciones sociales, económicas y culturales muy particulares, se han sentido a su vez históricamente poco identificados con el mundo de detrás de la cordillera andina, a cuyas gentes llamaban guates o reinosos, como todavía lo hacen, y con las cuales casi sólo se relacionaban para vender su ganado.¹⁰ El llanero se siente muy diferente de ellos; le parecen hipócritas, mezquinos, poco abiertos, estirados y totalmente ignorantes de las destrezas y capacidades que se valoran en los Llanos. Esta diferencia también se marca en *La vorágine* con dichos como: “Que el llanero es el sincero, que el serrano ni la mano” refrán que Griselda usa para decir que a Cova no se le debe creer nada (Rivera, 2002: 128). También cuando Barrera dice delante de Zubieta, el viejo y rico dueño de hatos, que Cova es una de las glorias de la nación, el anciano indaga por las razones de tal renombre: “—¿Y gloria por qué? —Interrogó el viejo—, ¿Sabe montá? ¿Sabe enlazá? ¿Sabe toreá?” (Rivera: 141), de esta manera pone de presente la diferencia tan marcada de valores entre la nación y los Llanos. Por lo demás, la idea que tienen los llaneros sobre los guates es una notable simplificación ya que la zona andina no es homogénea y en su interior se presentan, a su vez, fuertes diferencias regionales.

Fuertemente enraizados en su cultura, los llaneros constituyen una hermandad que hace caso omiso de las fronteras político-administrativas que cruzan su territorio y en la que la identidad cultural se coloca por encima de la nación: los llaneros, antes que colombianos o venezolanos se sienten llaneros.¹¹ Este sentimiento se expresa claramente en *La vorágine* cuando Cova le pregunta a una mujer llanera cual es su origen:

—Mulata —le dije— ¿cuál es tu tierra?
 —Esta onde me hayo.
 —¿Eres colombiana de nacimiento?

-
9. Larson sigue propagando la idea, que ya había criticado incluso Humboldt, de que todos los grupos de la selva eran nómades cuando lo que existe es una gran variedad de grupos con distintos sistemas de subsistencia, unidos entre sí por complejas redes de comercio intertribal y de intercambio matrimonial.
10. Reinoso se refiere al habitante del Nuevo Reino de Granada y es una denominación de origen colonial que se siguió usando en la República, aunque hoy en día ya está prácticamente en desuso.

—Yo soy únicamente yanera del lado de Manare. Dicen que soy craveña, pero no soy del Cravo que pauteña, pero no soy del Pauto. ¡Yo soy de todas estas yanuras! ¡Pa qué más patria, si son tan beyas y tan dilatáas! (Rivera, 2002: 129)¹².

Aquí la mujer pone de presente que su filiación es ante todo con los Llanos y que la nación colombiana carece de significación para ella, núcleo andino “civilizado”, que se considera el detentador de la nacionalidad.

6. Salvajes sin dioses, ni héroes ni patria

En lo que a los indios llaneros respecta —wamonae (cuiba) y sikuani (guahibo) fundamentalmente— *La vorágine* se hace eco de la representación en la tradición oral llanera de estos indígenas como animales feroces, similares a tigres y serpientes, a los cuales era legítimo eliminar para ocupar sus territorios por los que avanzaban dueños de hatos ganaderos provenientes de Arauca y Casanare, en un proceso de colonización que duró hasta bien entrado el siglo XX.¹³ En este proceso, los llaneros invadieron los territorios de donde los sikuani derivaban su subsistencia y estos reaccionaron atacándolos tanto a ellos como a su ganado, al que consideraban igualmente una amenaza. El conflicto que se inició en el siglo XIX solamente finalizó hasta 1972 con el juicio de la Rubiera. En este juicio se condenó por primera vez en la historia de Colombia la práctica de “cuiviar” y “guahibiar”, literalmente cazar indios wamonae y sikuani, que había sido legitimada por lo menos durante siglo y medio en los Llanos, con la anuencia e incluso la participación de las autoridades colombianas.

La tradición oral llanera que da cuenta de este conflicto, se simula en la novela mediante fragmentos de conversaciones entre llaneros que Cova escucha y en las cuales estos se presentan como las víctimas de los ataques de los indios sin que nadie pregunte por el trasfondo que dio origen a este conflicto. En la novela se

-
11. Esta problemática aparece así mismo con gran fuerza en Doña Bárbara, novela en la que se plantea la necesidad de vencer a la indómita protagonista que representa a las igualmente indómitas llanuras con el fin de incorporarlas al progreso y a la nación.
 12. El Cravo y el Pauto son dos ríos importantes de la región de Casanare en los Llanos orientales, su mención aquí no es gratuita ya que los ríos son de fundamental importancia en el ordenamiento que de su espacio hacen los llaneros y se usan con frecuencia para señalar el origen y la procedencia de las personas, aunque en esta cita la mujer subordina la importancia de los ríos a la de las llanuras.
 13. Los cuibao wamonae y los guahibo o sikuani son respectivamente grupos indígenas nómadas y seminómadas de los Llanos Orientales, siendo los segundos el grupo más numeroso de la región. Rudecindo Caribán Matapí

describe también, en unas pocas líneas, una de estas matanzas de indios sin concederle mayor importancia y en todas las ocasiones en que se habla de ellas, Cova protesta solo una vez y débilmente en contra de esta práctica. Cuando finalmente Cova entra en contacto personal con los guahibos, con quienes poco o nada puede hablar por las diferencias lingüísticas, asume que estos seres sin patria, leyes ni dios, eran carentes por completo de costumbres y tradiciones. *La vorágine* corrobora así la visión dominante sobre los indios en aquella época en la cual estos se consideraban salvajes, indignos de pertenecer a la nación a menos que se civilizaran y asimilaran, renunciando por entero a sus culturas.

En efecto, bajo el concordato, firmado por el Presidente liberal Rafael Núñez con la Santa Sede en 1887, los Llanos pasaron a ser parte de los Territorios de Misiones, por ser considerados como los “habitados por aborígenes nómadas o que habitaban en las selvas vírgenes” (Serje, 2005: 4). Este acuerdo colocaba a los indígenas “sin civilizar” bajo la potestad religiosa y política de la iglesia y sus misioneros. Esta situación se refrendó con la ley 89 de 1890, cuyo artículo 1.º rezaba: “La legislación general de la República, no regirá entre los salvajes que vayan reduciéndose a la vida civilizada por medio de misiones. En consecuencia el Gobierno, de acuerdo con las autoridades eclesiásticas, determinará la manera como estas incipientes sociedades deben ser gobernadas” (Triana: 121).

Luis Guillermo Vasco menciona esta ley dentro de la formación del Estado-nación colombiano como un proyecto excluyente hacia los indios:

La nación colombiana se constituyó solamente con la nacionalidad mayoritaria, negando las indígenas, pero tomando de ellas, mientras las iba destruyendo, muchos elementos para su propia conformación. El estado resultante es el de los colombianos, más precisamente el de sus clases dominantes, y, dentro de sus estructuras y políticas, los indios tienen cabida sólo mientras se colombianizan (como lo establece tajantemente la Ley 89 de 1890, aun parcialmente en vigencia) (178).

Las elites que gobernaban la nación desde la región andina no hablaban de los indios como animales dañinos y peligrosos, como lo hacía la elite local en los Llanos, y no declaraban abiertamente que era legítimo eliminarlos. Sin embargo, al considerarlos como salvajes que sólo podían ser incluidos dentro de la nación

estimó en un trabajo de 1993 la población de sikuani en un número aproximado de 32.500 personas en Colombia y cerca de 10.000 en Venezuela. El número de cuiba fue estimado entre 700 y 800 personas para Colombia. En los Llanos viven también grupos de horticultores como los achagua: aproximadamente 400 personas, los sáliva, cerca de 2000, los piaroa, unos 800 en Colombia y cerca de 3.500 en Venezuela, y los piapoco, aproximadamente 5.350 (27-29).

mediante un proceso de civilización forzada, los postulaban como un elemento indeseable que era preciso controlar y transformar. No es de extrañar entonces que el gobierno central no se opusiera a las guerras protagonizadas por los poderes locales en las apartadas regiones de los Llanos orientales, sino que las aprobara tácitamente a través del silencio y la indiferencia en unos casos, o aliándose con los exterminadores en otros.

7. Conclusiones

En *La vorágine* no se valora entonces el linaje indígena de los llaneros, ni la impronta que los grupos amerindios han dejado en su cultura, tal como ha ocurrido en general con el discurso sobre el mestizaje en Colombia, en el cual solo se exalta la herencia hispánica, y se desprecian, ignoran e invisibilizan los legados de los indígenas y afrodescendientes. Arturo Cova solo admira y describe con palabras vibrantes los legados llaneros que provienen de los conquistadores españoles: en particular, todo lo relacionado con las labores de ganadería que culminan en el trabajo de llano y la doma. En la novela se busca incluir a los Llanos y a su gente dentro de la nación como comunidad imaginada, porque los llaneros, a pesar de haber sido glorificados por unas décadas como los centauros de las guerras de Independencia, han sido asimilados junto con su región por las elites letradas nacionales a una barbarie que no pertenece al núcleo andino “civilizado, que se considera el detentador de la nacionalidad. Estas visiones sobre los Llanos no han cambiado notablemente en la actualidad donde se ven como zonas de orden público, como zonas “rojas”, en donde reinan la violencia, el narcotráfico y la anomia social.

Los Llanos mismos, sin embargo, han sufrido cambios notables desde que se publicó *La vorágine*. En primer lugar, después del juicio por la matanza de la Rubiera en 1972, cuando se penalizó por primera vez en la historia de Colombia el asesinato de cuiva y sikuani, se terminaron este tipo de masacres, porque los llaneros adquirieron conciencia de que estas actividades constituían un crimen que podía ser castigado por la ley colombiana.¹⁴ También, por primera vez en la historia, los sobrevivientes de la masacre denunciaron lo sucedido y fueron escuchados.

Desde los años 60 del siglo XX, en los Llanos ya se había intensificado notablemente una presión modernizadora a través de una colonización cada vez más numerosa, proveniente del interior del país. En los ochentas, la región empezó a satisfacer las demandas de petróleo del mercado mundial a través de los pozos petroleros de Caño Limón, situados en el departamento de Arauca. Los colonos o guates empezaron a cercar las sabanas, asestándole así un duro golpe a la ganadería

tradicional de los Llanos, sustentada en el uso de sabanas comunales. El petróleo trajo consigo robo, corrupción, migraciones de trabajadores hacia la región y con ellos superpoblación, subempleo, inseguridad y barrios subnormales, cómo analiza Luis Caropresse (1988: 26-30). Guerrilla y paramilitares afluyeron también a los Llanos y la población se vio sujeta a las exacciones de ambos grupos, al ser forzada en muchos casos a emigrar a los centros urbanos, dejando atrás sus casas y fundaciones, como en el caso de los dueños de la fundación Las Cocuizas, los amigos de los sikuani y mis amigos. Este nuevo avance de fronteras ha conducido a la sociedad tradicional llanera a un impase crítico, y es difícil saber qué va a pasar con ella en el futuro.

Las generaciones de llaneros nacidos en los centros urbanos se han desvinculado de la sabana y de la vida tradicional de los Llanos (Caropresse, 1988: 3). En la actualidad, importantes empresarios colombianos han invertido en la creación de agroindustrias en los Llanos, según señala la revista *Semana* en su artículo del 26 de marzo de 2012, al explicar que Luis Carlos Sarmiento Angulo posee alrededor de 16.000 hectáreas en la región dedicadas al cultivo de arroz y palma.

Los sikuani continúan en la región en su milenaria lucha por la supervivencia étnica, enfrentando mediante nuevas organizaciones los nuevos enemigos de los nuevos tiempos. Actualmente, no se cuenta con un estudio que evalúe en detalle el impacto de esta avasalladora ola modernizadora ni el ocasionado por el accionar de los paramilitares, guerrilla y ejército sobre sus territorios y culturas.

Bibliografía

- Barbosa Estepa, Reinaldo. (1992). *Guadalupe y sus centauros: memorias de la insurrección llanera*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, CEREC.
- Caribán Matapí, Rudecindo. (1993). *La Orinoquia y la problemática de sus pueblos indígenas*. Bogotá: Organización Nacional de Indígenas Colombianos (ONIC.)
- Caropresse Quintero, Luis. (1988). *La Argentina, devenir de un hatu llanero: ensayo sociológico*. Bogotá: Gente Nueva.
- Gómez, Augusto. (1991). *Indios, colonos y conflictos: una historia regional de los Llanos Orientales, 1870-1970*. Bogotá: Siglo XXI: Pontificia Universidad Javeriana: Instituto Colombiano de Antropología.

14. Esta nueva conciencia se me hizo evidente durante mi trabajo de campo en Arauca, cuando tropecé en general con un obstinado silencio cada vez que tocaba el tema de las masacres de indígenas.

- Izard, Miguel. (1987). *Tierra firme: historia de Venezuela y Colombia*. Madrid: Alianza América.
- Jaramillo Uribe, Jaime. (1977). *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Larson, Brooke. (1999). "Andean Highland Peasants and the Trials of Nation Making during the Nineteenth Century". En: Salomon, Frank y Schwartz, Stuart B (eds.). *The Cambridge History of the Native People of the Americas*. Vol. 3, pt. 2. Cambridge. UK, NY: Cambridge University Press. 558-703.
- Molano, Alfredo (2008). *Del Llano, llano*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Morey, Nancy. (1975). "Ethnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos." Diss. U. of Utah.
- Morey, Robert V. (1970). "Ecology and Culture Change Among the Colombian Guahibo". Diss. U. of Pittsburgh.
- Ortiz, María Mercedes y Marta Zambrano. (1984). Esbozo histórico de las relaciones entre llaneros y sikuani. (Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia).
- Reyes, Francisca. (2011). *Silencios. Un llano de mujeres*. Bogotá: Revista Número Ediciones.
- Rausch, Jane. (1.994). *Una sabana tropical. Los llanos de Colombia, 1531-1831*. Bogotá: Banco de la República.
- Rivera, José Eustasio. (2002). *La vorágine*. Ed. Montserrat Ordoñez. Madrid: Cátedra.
- Serje, Margarita. (2005). *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales-Ceso, Departamento de Antropología.
- Uribe, Rafael. (1907). *Reducción de salvajes*. Cúcuta: Imprenta de "El Trabajo".
- Vasco Uribe, Luis Guillermo. (2002). *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Willems, Emilio. (1994). "Social Change on the Latin American Frontier." En: Rausch, Jane y Weber, David J (eds.). *Where Cultures Meet: Frontiers in Latin American History*. Wilmington, Delaware: SR Books, 212-224.